



Puente Democrático

Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Argentina

26 de marzo de 2014

Buscando un hogar seguro: orígenes y evolución del sionismo

La idea sionista nació en el contexto europeo de las corrientes de reivindicación nacional ante el crecimiento del nuevo antisemitismo. La Declaración Balfour de 1917, cuando el Foreign Office británico expresó su proyecto de crear un “hogar nacional judío” en Palestina, despertó entusiasmo en los círculos sionistas, pero rápidamente se desbarató cuando los países vencedores de la primera guerra mundial se repartieron Medio Oriente bajo la forma de “mandatos” otorgados por la Liga de las Naciones. El movimiento sionista cobró fuerza durante el período de entreguerras y, sobre todo, tras la Shoá.

Por Ricardo López Göttig

Esta publicación forma parte del proyecto “Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Sur América” de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF) que CADAL implementa en Argentina. El objetivo del proyecto es permitir a un grupo específico de actores de la sociedad civil preocupadas por la tolerancia religiosa llevar a cabo una mejor lucha contra el antisemitismo, proporcionando así un entorno más favorable a las libertades fundamentales y el respeto de los derechos humanos.



LA DIÁSPORA. Dominados y perseguidos durante la mayor parte de su historia, los judíos fueron independientes por poco tiempo en los reinos de Israel y Judá, en la estrecha franja entre las orillas del mar Mediterráneo y el río Jordán. Nunca establecieron un imperio, como sí lo hicieron otros pueblos de la antigüedad. Fueron sojuzgados por egipcios, asirios, griegos, romanos, árabes, cruzados cristianos y turcos. El templo de Jerusalem, centro del culto religioso, fue destruido dos veces: la primera por los asirios –que deportó a gran parte del pueblo hebreo a Babilonia–, la segunda por los romanos, en el año 70 EC, cuando comenzó la diáspora de este pueblo.

De su religión monoteísta surgió como una separación el cristianismo, en el que durante los dos primeros siglos sus miembros eran judíos que creían que Jesús era el Mesías para el pueblo de Israel; y más tarde el Islam, nacido en los desiertos de Arabia en el siglo VII de la era común, que considera a Adán, Noé, Abraham, Moisés y Jesús como profetas anteriores a Muhammad o Mahoma, con quien se cierra el ciclo de acuerdo a los musulmanes. Cristianos y musulmanes, con sus diversidades, disputas teológicas y variedad de denominaciones, reúnen ambos la mitad de la población mundial. Pero a pesar de esta genealogía, pocos han sido los momentos de tolerancia y convivencia hacia las comunidades judías.

A pesar, pues, de que no fue un pueblo de guerreros conquistadores, los judíos dejaron una fuerte impronta en la historia de la humanidad. Y aun cuando se les impuso una vida en los márgenes de la sociedad cristiana durante centurias, fueron objeto de persecuciones, expulsiones, conversiones forzadas y difamaciones que encendían las mentes más supersticiosas, incapaces de respetar a otro. Eran acusados de “deicidio” por la muerte de Jesús, así como también se extendía la sospecha de que rendían cultos diabólicos. Una acusación bastante extendida y que se encendía particularmente en la Pascua, era la del “asesinato ritual”: se los culpaba de sacrificar niños cristianos para hacer la matzá, el pan ázimo que se consume en Pesaj (la Pascua judía), conmemorando la huida de Egipto.

La existencia de los judíos en la cristiandad europea era estrecha, ya que las sociedades estamentales no permitían la movilidad social, en donde el status se tenía por adscripción. De acuerdo al nacimiento, los aristócratas podían elegir entre la carrera de las armas y el sacerdocio, en tanto que el resto de la población seguía –en términos generales– el oficio de sus antecesores, aunque algunos lograban ingresar al clero y alcanzar las más altas dignidades. Los judíos vivían en zonas específicas de las ciudades, los ghettos o juderías, y debían portar distintivos para desplazarse fuera de estas áreas. A los judíos les estaban vedadas las carreras militares, las magistraturas y funciones oficiales; también se les reservaba ocupaciones que para el mundo cristiano eran viles, como el préstamo a interés, un

rol de gran utilidad no sólo para financiar a monarcas, pontífices y príncipes, sino también para el posterior desarrollo de empresas necesitadas de capitales que generaron nuevos empleos, bienes y servicios. Tampoco podían comprar tierras, que eran fuente de riqueza, poder y prestigio en las economías rurales anteriores a la revolución industrial. A estas restricciones debe agregársele la amenaza latente de la expulsión, tal como ocurrió en Francia, Inglaterra, Portugal, España, Austria y algunas ciudades italianas, con lo que podían perder sus posesiones por decisiones arbitrarias a las que no podían cuestionar.

De modo que los judíos, durante varios siglos en la Europa cristiana, quedaron confinados al préstamo, el comercio por mayor y algunos oficios artesanos para servir a su propia comunidad, ya que les estaba prohibido el ingreso a los gremios.

LA EMANCIPACIÓN JURÍDICA Y LA ASIMILACIÓN.

Fue a fines del siglo XVIII cuando se iniciaron los procesos de emancipación jurídica de los judíos en el Viejo Continente, tanto por la difusión de los ideales revolucionarios de Francia como por la Ilustración a la que adherían muchos monarcas, deseosos de promover el desarrollo económico y social de sus reinos para incrementar el poder político y militar. Se resquebrajaron los cimientos de la rígida sociedad estamental y ascendieron socialmente las personas con mérito, ya intelectuales, ya por sus emprendimientos comerciales e industriales, los denominados “burgueses” o “tercer Estado”, actores cada vez más relevantes por su dinamismo e ideas de libertad y constitucionalismo.

Para la comunidad judía, de especial relevancia fue la *Haskalá*, el iluminismo judío, promovido por el filósofo Moses Mendelssohn, que auspiciaba la emancipación jurídica y la adopción de las costumbres, la educación y la lengua en cada país, abandonando el ghetto en el que estaban reclusos, quedando la práctica de la religión en el ámbito privado. El objetivo era que un judío en Alemania fuera un alemán judío, que en su vida cotidiana no fuera posible distinguirlo de un católico o protestante, hablando la misma lengua, usando las mismas ropas, desenvolviéndose en cualquier profesión u oficio. Esta estrategia de asimilación tuvo seguidores y detractores dentro de la comunidad judía, sobre todo en Europa oriental, ya que sus postulados chocaban con la creencia y forma de vida de los sectores más ortodoxos. Y es que el judaísmo está muy lejos de ser uniforme, siendo una nota distintiva su enorme variedad a pesar de su número relativamente escaso, comparado con el cristianismo y el Islam.

La característica general del antisemitismo hasta el siglo XIX fue el de carácter religioso. En vista de ello, hubo judíos que optaron por la conversión al cristianismo, ya sea por genuina convicción, ya como un modo de adaptación e

incorporación al medio. Sin embargo, los judíos conversos eran observados con recelo y se les recordaba a modo de reproche su origen, hasta que este era olvidado u ocultado con el paso de las generaciones. Pero será a partir del siglo XIX que surgirá un nuevo antisemitismo, de tono político, que también se nutrirá con la pseudociencia de la eugenesia hacia finales de la centuria decimonónica y en la primera mitad del XX. Si bien incorporará elementos del antisemitismo religioso, el de carácter político no buscará la conversión y el bautismo, sino la expulsión, persecución y, posteriormente, la aniquilación.

Los judíos estaban especialmente calificados para los desafíos de la modernidad: el énfasis en la instrucción alfabetizada y una vida disciplinada desde pequeños, les brindaron herramientas intelectuales y conductas que facilitaron su preparación para las ciencias, las humanidades y el desenvolvimiento en actividades comerciales y empresariales. Bilingües o multilingües desde temprana edad –además del conocimiento del hebreo y quizás del idish, sabían las lenguas locales-, lograron desempeñarse con éxito en las carreras universitarias cuando obtuvieron la emancipación jurídica y, por consiguiente, el derecho a ingresar a las casas de altos estudios. Fue en los países de Europa occidental y central donde los judíos tuvieron mejores oportunidades para el ascenso social y la asimilación, gracias a los principios de la libertad individual y la igualdad ante la ley. Médicos, científicos, músicos, escritores, abogados, profesores y periodistas de origen judío se destacaron rápidamente, en una proporción que superaba con creces su peso demográfico.

LOS POGROMS EN EL IMPERIO DE RUSIA. Al contrario de lo que ocurría en el Oeste y Centro de Europa, en el Imperio de Rusia se mantuvieron vigentes las restricciones a la movilidad dentro del territorio, y los judíos sólo podían vivir en la llamada “zona de residencia”, en la zona más occidental, que actualmente son Polonia, Lituania, Bielorrusia, Moldavia y Ucrania, desde el Báltico hasta la península de Crimea. Fue el escenario de persecuciones sangrientas, los pogroms, que despertaron las conciencias de los judíos en toda Europa.

Cuando el zar Alejandro II fue asesinado en 1881 por un revolucionario anarquista, comenzaron los pogroms en los que murieron cien judíos, hubo cientos de heridos, mujeres violadas, se destruyeron unas veinte mil casas y cientos de comercios fueron saqueados por turbas a las que la policía no detenía. Este magnicidio fue la ruptura del lento tránsito desde una sociedad estamental y autocrática hacia el constitucionalismo que había iniciado Alejandro II, en su afán por modernizar el imperio. Fue este zar quien en 1880 otorgó el permiso para la creación de las escuelas técnicas ORT en Rusia, para que los judíos pudieran educarse y trabajar en los nuevos oficios en una sociedad que emprendía

la industrialización. Pero el zar Alejandro III abandonó el camino de la liberalización política y social, asumió decididamente una actitud reaccionaria y antisemita que luego prosiguió Nicolás II, el último monarca. Esta ausencia de respuesta ante los pogroms por parte de las autoridades, echó por tierra las esperanzas de lograr la emancipación dentro del Imperio de Rusia, e hizo que muchos judíos optaran por la emigración hacia América y Europa central y occidental. Huyeron de la persecución entre treinta mil y cuarenta mil judíos en el año posterior a la muerte de Alejandro II. Este caudal migratorio se fue incrementando con el correr de los años para alcanzar los cien mil por año, dependiendo del grado de persecución y hostigamiento de la población rusa. Fueron asistidos por la Alliance Israélite Universelle. Por otro lado, al interior de la comunidad judía que permaneció dentro del imperio, se desarrollaron tendencias políticas como el proto sionismo y otras radicalizadas, como la del Bund o aquellos que optaron por involucrarse en las corrientes de la izquierda socialista-revolucionaria o marxista. Otros adhirieron al liberal partido Constitucional Demócrata (KD), que aspiraba a una monarquía constitucional y parlamentaria. El vuelco de parte de la comunidad –especialmente los más jóvenes- hacia las formaciones radicalizadas fue un fenómeno que advirtió la *Ojrana*, policía política del zarismo, que inmediatamente identificó a los judíos con los grupos revolucionarios, colocándoles una etiqueta que los perjudicaba globalmente. Otros jóvenes, provenientes de familias con recursos económicos, emigraron hacia el Occidente para cursar los estudios universitarios, ya que regía el *numerus clausus* para los judíos en las casas de altos estudios del imperio. De acuerdo a algunos historiadores, los pogromistas habrían sido trabajadores desempleados por la recesión que estaba comenzando y que afectaba a las ciudades, especialmente en Ucrania. Estos elementos descontentos volcaron su ira hacia los judíos y los diarios de la época los disimulaban con el eufemismo de “tempestades del sur”. Los crímenes se conocieron gracias al rabino Isaac Elhanan Spektor, de Kovno, que envió un informe a Nathaniel Rothschild en Londres, en donde se publicó en enero de 1882 en el prestigioso diario *The Times*. Esta noticia despertó la indignación en Gran Bretaña, en donde se realizaron manifestaciones públicas exigiendo el fin de las persecuciones y se recaudaron importantes sumas para ayudar a los damnificados. Las autoridades rusas, ante esta ola de desprestigio en Occidente, intentaron paliar el daño pero no tomaron ninguna resolución a favor de los judíos. Hubo varias comisiones gubernamentales para estudiar el problema, y la comisión Pahlen recomendó relajar las prohibiciones a la comunidad judía. Pero estas recomendaciones fueron desoídas por Alejandro III y Nicolás II. No sólo eran perjudicados en la prohibición de salir de la “zona de residencia”, sino que además dentro de

ella sus derechos eran limitados, afectando incluso sus propiedades.

Esta primera ola de pogroms dio un gran impulso al movimiento sionista. Un gran debate de intelectuales judíos tuvo lugar en Rusia, en las revistas que se editaban en hebreo, por ejemplo en *Rastsfiet* (“Amanecer”), en donde se puso el énfasis en la emigración y el rechazo a la asimilación. En esta línea de acción, la asociación Am Olam fue creada en Odessa en 1881 para ayudar a la partida hacia los Estados Unidos, en donde se llegaron a crear cuatro comunidades. El movimiento Bilu, en cambio, logró el arribo de un grupo de judíos a Jaffa en 1882. Este pogrom llevó a la transformación de muchos antiguos partidarios de la asimilación, como fue el caso de Leo Pinsker, quien impulsó la creación de un centro nacional judío fuera de Europa en su panfleto “Autoemancipación”, publicado en 1882.

Otro pogrom de magnitud fue el de 1903 en Kishinev, la capital de la región de Besarabia (la actual Moldavia), cuando bandas de pogromistas atacaron a la población judía de esa ciudad. La policía no actuó y murieron 47 judíos, 424 fueron heridos, 700 casas fueron incendiadas y 600 comercios saqueados. Unos pocos pogromistas fueron detenidos y apenas recibieron sanciones, mientras que la propaganda gubernamental culpó a la comunidad judía por los disturbios —el régimen nazi hizo lo mismo, decenios después, en la *Kristallnacht*—. Los círculos liberales criticaron la inacción gubernamental, que no impidió estos actos de barbarie. En los años siguientes, los pogroms no cesaron, sino que en muchos casos contaron con la presencia de elementos policiales. Durante los eventos revolucionarios de 1905, cuando Rusia se embarcó en la desastrosa guerra contra Japón, también se registraron pogroms. A partir de 1906, muchos pogroms fueron organizados por las Centurias Negras, que contaron con la aquiescencia de Nicolás II y que formaban parte de la zarista Unión del Pueblo Ruso.

La tercera ola de pogroms fue durante la guerra civil de 1918 a 1921, cuando los ejércitos blancos atacaron a las poblaciones judías, a las que consideraban simpatizantes del Ejército Rojo de los bolcheviques.

ELAFFAIRE DREYFUS Y LA CREACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN SIONISTA.

Los pogroms provocaron la emigración de miles de judíos desde Rusia hacia otros países de Europa y al continente americano, pero muy pocos lo hicieron hacia el territorio de su antigua patria, Palestina, bajo dominio del Imperio Otomano. Si bien hubo muchas iniciativas para esta emigración, financiadas por filántropos como Montefiore y la familia Rothschild, las condiciones de vida en las comunidades agrícolas que fundaban en esas latitudes distaban de ser atractivas y seguras. Pero en países como el Imperio Alemán y la República Francesa emergía el antisemitismo racista de

carácter seudo científico, que sostenía la superioridad de los pueblos arios. El judaísmo, para esta corriente, ya no es una religión, sino una cuestión genética que no puede ser “redimida” mediante la conversión o la aculturación. En Alemania tuvo representación parlamentaria una bancada de 16 miembros, electa con un programa claramente antisemita; en Austria, el alcalde de Viena Karl Lueger lograba triunfos electorales por su encendida prédica judeófoba, que llegó a provocar la admiración del entonces joven Adolf Hitler. En Francia, en el régimen de la III República, cobró notoriedad el autor Edouard Drumont con su libro “*La France juive*” (La Francia judía), acusando a los judíos por la decadencia del país galo. Pero será la acusación y la condena por traición al capitán Alfred Dreyfus la que persuadió a muchos del fracaso de la asimilación. Entre ellos, el periodista Theodor Herzl, corresponsal en París y que cubrió el proceso. Dreyfus, cuya familia había decidido emigrar desde Alsacia en 1872 porque rechazaba la anexión de esa región al Imperio Alemán, abrazó la carrera militar y se lo acusó de entregar documentación secreta a los germanos. La furia en las calles, las tribunas y los periódicos no se lanzó solamente sobre la persona de Dreyfus, sino que se extendió hacia todos los judíos. *Mort aux Juifs!* (¡Muerte a los judíos!) era la consigna en torno al tribunal que juzgó al capitán Dreyfus, cuya inocencia fue probada años después. Herzl fue el autor de “El Estado judío”, en el que propuso la creación de un Estado propio para el pueblo judío, en consonancia con la reivindicación que tuvieron otros pueblos para establecer sus estados nacionales: italianos, alemanes, checos, polacos, griegos, irlandeses, búlgaros, rumanos... Cabe señalar que en los censos que se realizaron en Europa durante el siglo XIX y primera mitad del XX, los judíos eran clasificados como una nacionalidad, no como una religión. Por impulso de Theodor Herzl, se creó la Organización Sionista, cuyo propósito era convencer a los gobiernos de la necesidad de crear un Estado para los judíos. Fue la etapa diplomática del sionismo, de conversaciones con el entorno del Kaiser Guillermo II, el sultán otomano, el rey Víctor Manuel III de Italia, los cuerpos diplomáticos del Reino Unido y Francia. Se barajó el proyecto de crear el nuevo Estado en Uganda, posibilidad que fue descartada por los sionistas.

El proyecto sionista no despertó el entusiasmo de la mayoría de los judíos: al momento de buscar un nuevo horizonte, marchaban hacia el continente americano. Otros, suponían que la marea antisemita se aplacaría con el tiempo, gracias a los avances de la ilustración y la razón. Los más religiosos se oponían fervorosamente, ya que el Reino de Israel sería restablecido por el Mesías, y no por políticos, diplomáticos y periodistas. La idea sionista, pues, nació en el contexto europeo de las corrientes de reivindicación nacional ante el crecimiento del nuevo antisemitismo. La Declaración Balfour de 1917, cuando el Foreign Office británico expresó su

proyecto de crear un “hogar nacional judío” en Palestina, despertó entusiasmo en los círculos sionistas, pero rápidamente se desbarató cuando los países vencedores de la primera guerra mundial se repartieron Medio Oriente bajo la forma de “mandatos” otorgados por la Liga de las Naciones. El movimiento sionista cobró fuerza durante el período de entreguerras y, sobre todo, tras la Shoá.

Con la elección del nacionalsocialismo en Alemania en 1933, el nuevo régimen dictatorial estableció una legislación antisemita orientada hacia la expulsión de la comunidad judía, quitándole la ciudadanía, impidiéndole el ejercicio de sus profesiones, obligándola a vender sus propiedades y anulando los matrimonios mixtos. Los que pudieron, emigraron hacia los países vecinos, en donde fueron recibidos sin entusiasmo. En los Estados Unidos regía un sistema de cuotas para reducir la inmigración, ya que los países de Occidente intentaban frenar la afluencia de personas ante los altos porcentajes de desempleo resultantes

de la recesión económica. Fue por iniciativa del presidente Franklin Delano Roosevelt que se realizó la conferencia de Evian (Francia), en julio de 1938, en la que delegados de 32 países discutieron la situación de los refugiados. Sólo la República Dominicana se ofreció a recibir cien mil emigrados judíos, en tanto que el resto de las naciones participantes puso excusas para no colaborar y cerrar sus fronteras. Incluso algunas naciones europeas expresaron su deseo de buscar otro destino a su propia población judía. De este modo, los judíos alemanes no tuvieron a dónde huir: expulsados del país en donde nacieron y vivieron varias generaciones, se les cerraban las puertas en el resto del mundo. Esta situación puso en evidencia la necesidad de fundar un Estado nacional judío para que los perseguidos pudieran salvar sus vidas. Y esto recién fue comprendido después de la aniquilación sistemática que ejecutó el nazismo durante la segunda guerra mundial.

BIBLIOGRAFÍA

- Ben Halpern y Jehuda Reinharz, *Zionism and the Creation of a New Society*. Oxford University Press, 1998.
- Denis Charbit, *Qu'est-ce que le sionisme?* París, Albin Michel, 2007.
- Zeev Sternhell y David Maisel, *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*. Princeton University Press, 1998.
- Chaim Gans, *A Just Zionism: On the Morality of the Jewish State*. Oxford University Press, 2008.
- Joan B. Culla, *Breve historia del sionismo*. Madrid, Alianza, 2009.
- Victor Karady, *Los judíos en la modernidad europea*. Madrid, Siglo XXI, 2000.
- Lloyd Gartner, *History of the Jews in Modern Times*. New York, Oxford University Press, 2001.
- Michelle U. Campos, *Ottoman Brothers: Muslims, Christians, and Jews in Early Twentieth-Century Palestine*. Stanford, Stanford University Press, 2011.
- John D. Klier, “Christians and Jews and the “Dialogue of Violence” in Late Imperial Russia”, en Anna Sapir Abulafia, *Religious Violence between Christians and Jews: Medieval Roots, Modern Perspectives*. New York, Palgrave, 2002.